

RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, M.: *El niño acorralado. Freud y el discurso de la Modernidad*. Ediciones Libertarias, Madrid, 1994, 188 págs.

La obra de Freud despierta constantes y nuevos intereses teóricos y prácticos, y no sólo polémicas en torno al valor científico de algunas de sus aportaciones concretas en el terreno clínico. Sin ella no se puede entender parte de la forma de pensar y de actuar del hombre del siglo xx. Y por ello se somete a continuas revisiones, necesariamente ávidas de originalidad, tanto en las interpretaciones que se esbozan, como en los enfoques que se adoptan.

El libro de Mariano Rodríguez, *El niño acorralado. Freud y el discurso de la Modernidad* (1994), quiere recoger de un modo ciertamente ambicioso la relación del proyecto freudiano con el concepto y el proyecto de la Modernidad. Por un lado, se toma como punto de partida una consideración del pensamiento de Freud que lo entiende como versión psicologista radical del programa ilustrado. Esto implica desde luego el interés por la liberación del hombre respecto de ciertas barreras con las que se encuentra, por medio del uso de la razón. Por otro lado, se toma como hilo conductor el análisis del tránsito desde la «niñez» o «minoría de edad» psicológica a la edad adulta mental. Y se establece así un paralelismo entre este tránsito en el individuo y la entrada de la cultura occidental en lo que hoy conocemos como la forma «moderna» de ser de las sociedades tecnificadas.

El psicoanálisis pretendería, entonces, mostrarse a la vez como terapia y como educación. En ambas facetas, tendría el sentido de ser una vía de maduración, consistente en el aumento de la conciencia de sí mismo del hombre, tanto del enfermo mental, como del hombre en general, en cuanto hombre moderno. Por eso la curación y el saber habrían de acabar por identificarse. La relación de igualdad entre la salud mental, el conocimiento racional, la madurez y la conciencia de sí denotan la inmersión de la obra de Freud en las líneas maestras de la Modernidad. Conocerse a sí mismo es conocer el motor inconsciente, pulsional y reprimido del comportamiento, haciéndolo consciente y, por tanto, destruyendo su esencia propia. Lo inconsciente, el deseo, con ser lo primordial, lo originario en el hombre, ha de poder acoplarse e integrarse en el proyecto que es el *yo*; la infancia y la inmadurez han de integrarse en la vida del adulto; las sociedades primitivas, en el proyecto de las modernas.

Para entender cómo puede llevar esto a cabo el psicoanálisis, Mariano Rodríguez se adhiere a una perspectiva ya frecuente en las últimas décadas. Se trata de calificar el psicoanálisis, desde un planteamiento hermenéutico, como «interpretación» e incluso como «traducción», por lo que tiene de revelación y conocimiento de un terreno extraño y oculto, y, sin embargo, al mismo tiempo cercano y familiar. La infancia y la vida adulta serían sistemas expresivos diferentes, pero entre los cuales existiría una vía de paso, un modo de traducir e interpretar lo que se da en uno en el simbolismo del otro.

Freud investiga la organización de los procesos en los que el sujeto está abandonado al retorno al origen, es decir, a la infancia, y en los que no discrimina entre la realidad meramente psíquica y la realidad sin más. La pregunta que tácitamente se

haría la indagación psicoanalítica sería, muy a la manera kantiana, la de cómo es posible la madurez.

La diferencia entre el niño y el adulto, o entre el enfermo y el sano mental, estriba en este planteamiento en que el adulto y el sano buscan la satisfacción del deseo y del placer no en una realidad particular, individual, construida sólo hacia dentro, sino en la realidad misma. De modo que el adulto y el sano pretenden la realización efectiva del deseo, aun cuando la realidad puede decepcionar e impedirlo. La realidad fantásica o alucinatoria del niño y del enfermo respectivamente no decepciona, pero tampoco procura una satisfacción auténtica.

El paso de la infancia a la vida adulta parece radicar, consiguientemente, en asumir la manera de ser racional. El sentido de la realidad se adquiere por la integración de los actos propios en un proyecto, adaptándolos a fines determinados de antemano. Pero como la realidad no permite siempre la consecución de los fines deseados, el aspecto puramente moderno de la vía freudiana de maduración es, entonces, el control del deseo.

Por debajo de la noción del proyecto y de la adaptación a un fin late sin duda el ideal moderno del progreso y un concepto temporal lineal. Ambos se basan en la convicción en un avance continuo desde todas las perspectivas posibles. Por ello el infantilismo y la enfermedad mental suponen la posibilidad efectiva de una ruptura del tiempo en sentido moderno, el abandono a la realidad del deseo y de los procesos inconscientes. El niño y el enfermo mental son la representación del hombre antimoderno. Constituyen, como también las sociedades primitivas, el pasado del individuo y de la especie. Suponen un retroceso, una «regresión». Y justamente este tipo de regresión, en cuanto alejamiento o huida del presente, se encuentra en la base del sueño y del simbolismo onírico, y justifica así su condición de medio de acceso privilegiado para el hombre sano a los simbolismos infantil, neurótico y primitivo.

Sin embargo, la relación de la obra de Freud con el proyecto moderno no es tan nítida. El libro de Mariano Rodríguez sabe hacer ver cómo el pensamiento de Freud, aunque asuma básicamente la confianza moderna en la razón y en el progreso gracias a la ciencia, reconoce a la vez, incluso allí donde no lo asume explícitamente, el permanente peligro del retroceso, la resistencia del niño a madurar.

Esto parece resultar más intensamente claro en tres ámbitos, que el libro que comentamos se encarga de analizar sucesivamente: la moral, el arte y la filosofía.

El presunto avance moral que se querría ver, por ejemplo, en el imperativo categórico kantiano, como ejemplo de una moralidad racional, tendría su origen según Freud en las prohibiciones paternas y en los tabúes primitivos, es decir, justamente en el pasado infantil, premoderno y no racional del hombre. En este terreno se verían confundidas originalmente la racionalidad y la irracionalidad, y el proceso moderno se invertiría o, al menos, no tendría un sentido unívoco. El progreso, consistente en la imposición de esa realidad modélica para el *yo* que es el *super yo* debería pagar el precio del regreso, de la enfermedad mental, pues dicho progreso sería en cualquier caso la violencia ejercida a la naturaleza, a los impulsos, al deseo.

En fin, la moral expresaría una perpetuación del niño en el adulto, del primitivo en el hombre moderno. La mayoría de edad y la Modernidad dependerían de haber sabido incorporar en la vida adulta al niño y al primitivo que hay en cada hombre y en la cultura.

Por otro lado, la obra de arte representa para Freud un lugar idóneo en el que

el sujeto tiene la posibilidad de liberarse respecto de las imposiciones de la realidad. En la obra de arte se vierte una intención significativa del artista, que expresa una peculiar situación afectiva, cuya base se halla en sus deseos, sus pasiones y sus impulsos. Lo que quiere decir que la obra de arte manifiesta plásticamente los mismos procesos inconscientes que en principio desencadenan la enfermedad mental. El interés del psicoanálisis freudiano es en cualquier caso el de la liberación reflexiva de la ilusión, y en este caso de la ilusión artística, a través de la interpretación y la crítica de la obra de arte. Sin embargo, si bien el psicoanálisis pretende poder curar la enfermedad mental, la crítica consciente de la obra de arte destruye la experiencia artística propiamente dicha. En consecuencia, la liberación de la ilusión paga otro tributo: el abandono del anhelo de liberación de las limitaciones y obligaciones de la realidad, frente a la expresión plena de los deseos e impulsos.

No obstante, la creación artística requiere también un cierto proyecto más o menos definido de antemano, emplea una técnica y logra un resultado. En otras palabras, posee la capacidad de modificar o transfigurar la realidad. De manera que el arte tendría también un hueco en la Modernidad, situándose entre la realidad (sus aspectos modernos: proyecto, técnica y resultado), que rechaza los deseos, y la fantasía (su aspecto ilusorio y liberador respecto de la realidad), donde caben sin límites. El arte sería así un terreno propio del hombre adulto, pero que conserva al niño, o del niño convertido en adulto, pero que ha sabido conservar la salud. El arte sería una forma admitida y consentida por el adulto para poder soportar los efectos de la madurez y de la Modernidad.

Por último, el libro se aproxima a la idea de filosofía, en su relación con el tema de la muerte, en la medida en que pueda considerarse éste como un desencadenante de la reflexión filosófica. Por una parte, la Modernidad y el adulto chocan con el problema de la muerte, en la medida en que tratan por todos los medios de apartarla del centro de atención y de situarla al margen, como resultado del miedo a una realidad no digerida, no asumida. Y ello por medio de la idea de la temporalidad del proyecto y del progreso, esto es, de la temporalidad lineal de la infinitud. Por otra parte, el espíritu del niño y del hombre primitivo, lo inconsciente del hombre, permanece convencido de la propia inmortalidad. De forma que la actitud adulta y moderna viviría a la vez de la conciencia de la muerte y del deseo de inmortalidad. En este sentido, el papel, no enteramente estudiado por Freud, que le correspondería a la filosofía, sería el de prolongar la niñez, en la medida en que, desencadenada por la temática de la muerte, se propondría como respuesta crítica ante la realidad en todos sus sentidos.

Ricardo ACEBES JIMÉNEZ

DOMÍNGUEZ, A.: *Biografías de Spinoza*, Alianza Editorial, Madrid, 1995, 297 págs.

Resulta muy gratificante comprobar que entre las últimas publicaciones filosóficas se puede encontrar un libro a primera vista escrito para estudiosos de la obra spinoziana, pero que, en realidad, es una excepción a tanta filosofía de última hora que, por limitarse a las exigencias de la demanda, resulta excesivamente pragmática.